



Homilía

Novena a San Juan de Ávila, Patrón del Clero español

Montilla, (Córdoba) 8 de mayo de 2011

Es para mí una alegría celebrar la Eucaristía en este Santuario donde descansan los restos de San Juan de Ávila, del que esperamos sea pronto declarado Doctor de la Iglesia. Con esta celebración, queremos honrar al que es nuestro Patrono, modelo, guía e intercesor. Y para ello nada mejor que adentrarnos en el camino de Emaús donde se nos relata un encuentro con el Señor Resucitado, que hizo fuertes a los que eran débiles, valientes a quienes estaban temerosos y entregados al amor por los otros a aquellos que siempre fueron egoístas y buscadores de los primeros puestos.

Como en tiempos de San Juan de Ávila también hoy muchas personas de nuestro mundo, de nuestra Iglesia, sobre todo los más jóvenes, están ahora tan desconcertadas como los discípulos de Emaús. Ven que la fe en Jesús, tal como a ellos se la habían enseñado, declina y va de caída. Necesitamos que el mismo Jesús se acerque ahora a nosotros y camine a nuestro lado, para purificar nuestra fe y nuestras esperanzas. Pues bien, de la mano del apóstol de Andalucía caminaremos hacia Emaús para que también nosotros podamos encontrarnos hoy con el Resucitado.

Lo primero que resalta en la vida de San Juan de Ávila es el amor a la Palabra de Dios. El maestro Ávila tuvo siempre claro la necesidad de la Palabra de Dios como algo imprescindible en la vida del cristiano y lógicamente en la vida de un sacerdote. También hoy nosotros la necesitamos como bien recoge la exhortación Verbum Domini en la que leemos

“las Sagradas escrituras son tesoro riquísimo y vital para la fe de la Iglesia y, más que un objeto de estudio y debate de especialistas, la Palabra nos indica el camino para llegar a la vida” (VD, 18).

Es eso lo que les enseña Jesús a los discípulos de Emaús, es eso lo que tenía claro nuestro Patrón que en sus escritos se muestra como el oyente de la Palabra, que la escucha y ora y en uno de sus sermones nos dice: *“sed amigos de la Palabra de Dios leyéndola, hablándola, obrándola”* (Carta 86). Es decir, también hoy el Maestro de los santos nos sigue invitando a descubrir la Palabra de Dios como una palabra viva, llena de sabiduría, que nos habla, nos denuncia, nos alienta y nos ilumina, pues sólo Cristo “el Verbo hecho carne” es el que nos puede explicar el sentido de la Cruz y del sufrimiento en nuestra vida. Es la Palabra de Dios la que puede hacer arder de esperanza nuestro corazón cuando pensamos que nuestra vida es un fracaso.

Pero el Maestro Ávila no sólo nos invita a escuchar la Palabra, sino que nos indica cómo debemos acercarnos a Ella. Y nos dirá que esa Palabra hay que escucharla con la Iglesia; así frente a los que interpretan subjetivamente la Palabra nos dirá que

“estos suelen mucho ensalzar la honra de la divina palabra, y es tanto su yerro, que, pensando que ellos se rigen por ella, son regidos por su propio sentido, porque quieren entender la palabra de Dios como a ellos les parece y no de otra manera” (Cf Carta 9), *“frente esto hay que oír y aprender de lo que habla Dios en su Divina Escritura y en su Iglesia católica”* (Cf Audi, filia II, 31)

Y la Palabra hay que escucharla con un espíritu pobre y con voluntad de acogida, ya que la Escritura cuando es proclamada o escuchada con fe tiene fuerza salvífica. La Biblia es una Palabra de Alguien que se hace presente a través de ella y quiere entablar con nosotros una relación de amor. Es por ello que la Palabra es siempre actual y viva.

En definitiva, hermanos siguiendo a nuestro Patrono permitidme decirlos con él

“Si no queréis errar en el camino del cielo, inclinad vuestra oreja, quiero decir, vuestra razón, sin temor de ser engañada: inclinadla con profundísima reverencia a la Palabra de Dios, que está dicha en toda la Sagrada Escritura” (Audi, filia II, 45,3). Pues “el que verdaderamente guarda la palabra de Dios, está perfecto en el amor de Dios, pues no se puede guardar la palabra de Dios sin amor de Dios” (1Jn I, lecc. 7ª, 200-203).

Pero en el camino de Emaús nos sólo destaca la Palabra, sino también el partir el pan a la caída de la tarde donde descubren al Resucitado, esto es, el Dios-con-nosotros que ilumina la noche. Es esa luz eucarística la que ilumina la vida de nuestro santo, que centraba en la Santa Misa toda la evangelización y la vida sacerdotal. La celebraba empleando largo tiempo, con lágrimas por sus pecados. Sobre la Eucaristía jamás le faltó materia para predicar, especialmente en la fiesta y octava del Corpus. *“Trátalo bien, que es hijo de buen Padre”*, dijo a un sacerdote de Montilla que celebraba con poca reverencia. Ya enfermo al final de su vida, quiso ir a celebrar Misa a una ermita; por el camino se sintió imposibilitado; el Señor, en figura de peregrino, se le apareció y le animó a llegar hasta la meta. Fue el gran apóstol de la comunión frecuente. Prefería la presencia eucarística a la visita de los Santos Lugares.

Pues bien, hermanos, recorramos ese camino eucarístico de Emaús de la mano del Apóstol de Andalucía que nos dice

“Cosa nunca oída ni vista, que hallase Dios manera cómo, subiéndose al cielo, se quedase acá su misma persona por presencia real, encerrada y abreviada debajo de unos accidentes de pan y vino; y con inefable amor dio a los sacerdotes ordenados... que, diciendo las palabras que el Señor dijo sobre el pan y vino, hagan cada vez que quisieren lo mismo que el Señor hizo el Jueves Santo” (Sermón 35, 217).

“Señor... encubriste tu amor, que no tiene tasa, y ordenaste por modo admirable cómo, aunque te fueses al cielo, estuvieses acá con nosotros; y esto fue dando poder a los sacerdotes para que con las palabras de la consagración te llamen, y vengas tú mismo en persona a las manos de ellos, estés allí realmente presente, para que así seamos participantes en los bienes que con tu Pasión nos ganaste; y le tengamos en nuestra memoria con entrañable agradecimiento y consolación, amando y obedeciendo a quien tal hazaña hizo, que fue dar por nosotros su vida”. (Tratado del Sacerdocio, 25).

“¡Oh maravillosa bondad que tales mercedes quiso hacer a tan viles gusanillos! ¡Oh maravilloso poder de Dios, que así puso, debajo de especie de pan, su divinidad y humanidad y partirse él en tantas partes, sin padecer él detrimento en sí! ¡Oh maravilloso saber de Dios, que tan conveniente y tan saludable medio halló para nuestra salud! Convenía, sin duda, que por una comida habíamos perdido la vida, por otra la cobrásemos, y que así como el fruto de un árbol nos destruyó a todos, así el fruto de otro árbol precioso nos reparase a todos. Venid, pues, los amadores de Dios y asentaos a esta mesa (Meditación del beneficio que nos hizo el Señor)” (Cf. Meditación del beneficio que nos hizo el Señor en el sacramento de la Eucaristía).

Por último, en el Evangelio de hoy, descubrimos que los discípulos tras el encuentro con el resucitado rectificaron el camino equivocado y volvieron a la comunidad. Si antes los hemos vistos desanimados y poniendo en duda tras la muerte todo lo que había dicho y había hecho Jesús, volviendo

tristes tras su muerte a su lugar de origen, ahora los vemos, como nos dice el evangelio, llenos de alegría corriendo al encuentro de la comunidad.

Por tanto, podemos decir que lo primero que hacen tras el encuentro con el Resucitado es desandar el camino para compartir con la comunidad la experiencia y fortalecer a la Iglesia reunida en una casa. Es decir, se convierten en evangelizadores de los discípulos. Lo mismo que San Juan de Ávila que fue un auténtico testigo de Cristo resucitado y comunicó a sus hermanos esta buena noticia como recogen sus aportaciones al Concilio de Trento, las influencias importantes, según las últimas investigaciones en la conversión de San Juan de Dios, San Francisco Solano, San Francisco de Borja y San Juan de Ribera y en los consejos a Santa Teresa, así como sus ayudas espirituales y sus cartas a los obispos, sacerdotes y laicos.

Por consiguiente, queridos hermanos, sabiendo que cada Eucaristía es un camino de Emaús, también hoy nos invita nuestro Patrón a recibir al Señor que viene a nuestra vida y quiere que le reconozcamos al partir el pan. Que este encuentro con Jesús Sacramentado cambien nuestras tristezas y decepciones en el gozo y la alegría de saber que Él está siempre con nosotros y que acompaña nuestras vidas. Proclamemos gozosos nuestra fe como testigos suyos y salgamos, como misioneros, a anunciarlo a todos. Como san Juan de Ávila todos estamos llamados a anunciar que Cristo ha resucitado, y para ello nada mejor que ser testigos de su amor como el apóstol de Andalucía.

También hoy la Iglesia, muchas veces acobardada por las modas del llamado progreso y con miedo a la incomprensión por un mundo materialista y hedonista, necesita en su seno de evangelizadores como el Maestro Ávila que les alumbren con la Buena Noticia de que Cristo ha resucitado y, por tanto, es posible construir una civilización del amor y una cultura de la vida. Con Cristo podemos desafiar a la muerte y recorrer el camino del amor en plenitud. Con Él podemos hablar de matrimonio para toda la vida, con Él es posible consagrar la vida a la oración y a la atención de los más necesitados, en la entrega a los más pobres, en el servicio a los enfermos ancianos, vagabundos, drogadictos, con él podemos a comenzar a vivir el cielo aquí en la tierra.

Por tanto, hermanos, celebremos con fe y alegría el encuentro con nuestro Dios que está vivo, viene a nuestro encuentro hoy para mostrarnos que su amor es más fuerte que todas nuestras muertes. Entremos en el festín de la Iglesia y comamos con Jesús mismo. Comamos el cuerpo de Cristo y recibamos su vida inmortal, esa vida que ha hecho temblar la muerte y el pecado. Comamos el Pan del cielo para que ya no seamos nosotros los que vivimos, sino Cristo quien viva en nosotros.

Acudamos, como nos enseña con sus escritos y con su vida nuestro bendito Santo Patrono a beber de la Fuente de vida que brota del Corazón traspasado de Cristo, recibiendo en nosotros mismos a Jesús resucitado y convirtiéndonos en Evangelizadores de nuestra Iglesia y de nuestro mundo que tanto necesita la luz del Resucitado.

Que la Santísima Virgen nos ayude a amar a Dios como lo hizo nuestro querido Santo e imitémosle en la devoción a María para con él poder decir: "Más preferiría vivir sin piel, que vivir sin devoción a la Virgen María".

+ José Mazuelos Pérez
Obispo de Asidonia-Jerez